

TIEMPO DE PREPARACIÓN Y DE ESPERANZA

Recordemos que el año litúrgico de la Iglesia tiene tres grandes ciclos: el de Adviento-Navidad, el de Cuaresma-Pascua y el Ordinario. El Tiempo Ordinario es el más largo de todos, con sus 33 ó 34 semanas. Mañana es el último domingo del Tiempo Ordinario de 2011, en el que se celebra siempre la solemnidad de Cristo, Rey del Universo, con la cual terminan los domingos del año litúrgico.

El ciclo pascual tiene dos tiempos: el de Cuaresma y el de Pascua, también llamado de Pentecostés. Es el ciclo más importante del año litúrgico, porque en él se celebra el contenido principal de nuestra fe cristiana: la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

El tercer ciclo es el que nos ocupa, con sus dos tiempos de Adviento y Navidad. Algunos lo llaman el Ciclo de la Manifestación, porque Dios se manifiesta y revela en su nacimiento como ser humano en Jesús (Navidad), en el reconocimiento mesiánico que hacen los magos de Oriente cuando le llevan regalos dignos de un rey (Epifanía) y en el inicio de su ministerio de Mesías en medio de su pueblo Israel (Bautismo del Señor).

El inicio del Adviento está determinado por la posibilidad de tener cuatro domingos antes del 25 de diciembre. Por eso es distinto cada año. Por ejemplo, cuando la Navidad (el 25 de diciembre) cae en día domingo, como este año, tenemos el Adviento más largo posible, ya que el cuarto domingo de Adviento es una semana entera antes. En cambio, cuando el 25 de diciembre cae en día lunes, el cuarto domingo de Adviento es sólo el día antes, con lo cual el Adviento se acorta casi en una semana.

En el Adviento los domingos son muy importantes, y van dándole el ritmo a una **dobble espera de una doble venida**: la espera de la venida definitiva del Señor, al final de la historia, y la espera (simbólica, porque ya aconteció en el pasado) del nacimiento de Jesús (su venida histórica).

La Navidad es la fiesta culminante del Adviento. Después se despliega el Tiempo de Navidad, que tiene dos fiestas principales más, como ya mencionamos: la **Epifanía**, el 6 de enero o el domingo más cercano, y el **Bautismo del Señor**, fiesta con la cual concluye el Ciclo de Navidad y comienza el Tiempo Ordinario. Se celebra el domingo siguiente a la Epifanía o bien el lunes inmediatamente después, según la fecha de ésta.

Pero además hay otras celebraciones importantes que caen dentro del Ciclo de la Manifestación: la de los Santos Inocentes, primeros niños mártires de la historia (28 de diciembre), la de la Sagrada Familia de José, María y Jesús (domingo siguiente a la Navidad o antes si, como este año, ese domingo es 1 de enero), y Santa María, Madre de Dios (1 de enero).

PARA VIVIR EL ADVIENTO

El Adviento es el tiempo litúrgico de la esperanza. Es el tiempo de la mirada puesta en lo que está por venir, por suceder, por irrumpir. El tiempo que pone en movimiento algo muy hondo del espíritu humano: su sed de plenitud. La esperanza de plenitud de los creyentes es al mismo tiempo una certeza y un anhelo.

La certeza consiste en que **la plenitud de vida ya llegó con Jesús**, cuando vino a la tierra: "El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios está llegando. Conviértanse y crean en el Evangelio" (Mc 1,15). Jesús nació hace más de dos mil años, pero cada año cele-

bramos su nacimiento. No tenemos palabras para describir ni alegría suficiente para celebrar un misterio tan hondo y determinante en la historia de la humanidad. Con Él llegó el Reinado de Dios. Con su mensaje y sus obras a favor de la vida y de la felicidad, con su entrega radical hasta dar la vida por sus amigos, Jesucristo reveló el proyecto del corazón del Padre Dios. Desde que María lo acogió en la Anunciación, Dios plantó su tienda en medio nuestro e inauguró un tiempo de gracia y de presencia salvadora, el *kairós*, el “tiempo favorable” en el que el Señor despliega su fuerza liberadora en beneficio de todos los seres humanos, especialmente de los pobres y afligidos. Esa certeza, que los creyentes proclamamos con gozo, va acompañando cada día de nuestra historia, hasta que Jesús vuelva. La certeza se basa así en un hecho innegable: Dios está vivo en medio nuestro, ya ha venido en Jesús su Hijo, y sigue viniendo y llegando todo el tiempo.

El anhelo consiste en la ***espera del retorno definitivo del Señor***. Es cierto que Él ya está en medio nuestro y está siempre viniendo, en un Adviento permanente, pero también es cierto que su presencia no es total ni definitiva aún. El dolor del mundo, el sufrimiento de tantos hermanos, la oscuridad de tantos corazones, nos señala que el Reinado aún no está plenamente entre nosotros: está como la semilla y como la levadura, está oculto pero ardiendo, como una brasa bajo el rescoldo. Tiene que llegar a su manifestación completa. Por eso los cristianos esperamos, por eso somos hombres y mujeres de esperanza. La Pascua de Jesús, que desencadenó la misión de los discípulos, fue extendiendo la Iglesia por todo el mundo. La comunidad de los creyentes, acompañada y fortalecida por el Espíritu Santo, es sacramento de salvación y continuadora de la obra del Señor, pero está formada por hombres y mujeres débiles que llevan el tesoro de la fe y de la Buena Nueva en vasijas de barro, como dice san Pablo (2 Co 4,7). La plenitud que proclama está sujeta a la debilidad del hombre, que anhela así la irrupción definitiva del Señor al final de los tiempos. Lejos de inmovilizar a la Iglesia, esa venida la anima en su misión y la mantiene con la lámpara encendida. Lejos de alejarnos del compromiso por la vida de todos los sin vida, la esperanza es una fuerza invisible, pero poderosa, que moviliza lo más profundo del corazón creyente.

Todo esto queremos celebrarlo en el Adviento. Son cuatro domingos que preparan la ***doble venida***: la histórica, ya acontecida y celebrada cada año, y la escatológica, objeto de nuestra esperanza. Cuatro domingos que este año parten el 27 de noviembre, inicio del año litúrgico (Ciclo B) y del Adviento. El primero es el de la espera, el segundo el de la conversión, el tercero el de la alegría y el cuarto, el del anuncio, como se puede ver con más detalle en la tabla de abajo.

Los profetas que anunciaron la venida del Mesías, este año especialmente Isaías y Natán, el precursor del Mesías Juan Bautista y la Virgen María, son las grandes figuras que en este Adviento 2011 nos ayudan a preparar el pesebre del mundo y del corazón para que Dios vuelva a nacer en medio nuestro. Siempre admirados por tan grande regalo, queremos salir al encuentro de Cristo que viene preparándonos bien en la vigilancia, en el compromiso con los pobres y en la orientación de nuestra vida hacia el sueño que Dios quiere renovar en la próxima Navidad: el de un mundo que lo acoja y viva según su proyecto, hasta que Cristo venga definitivamente.

LAS FIGURAS DEL ADVIENTO

María, los profetas y Juan Bautista son las figuras por excelencia del Adviento. Ellos preparan la venida de Jesús. Juan y los profetas con su Palabra, María encinta en su vientre. Los profetas con la mirada puesta en un futuro de alegría y abundancia para todos,

especialmente para los pobres, los que nada tienen y nada son ante los ojos humanos. Juan con una vida radicalmente entregada a Dios y una boca de fuego que no temió la muerte con tal de denunciar lo que se opone a su designio. María cuidando esa vida totalmente dependiente e indefensa que crece y se mueve por un milagro nunca visto, dentro de su propio cuerpo.

LOS PROFETAS

Los profetas eran hombres de mirada aguda, sensible, pero sobre todo esperanzada. Por eso el Adviento tiene esa riqueza de lecturas proféticas. Es el tiempo litúrgico de la esperanza, que desafía las miradas miopes e insensibles, la centración en nosotros mismos, el egoísmo y la fatalidad. Dios es *Hoy*, pero sobre todo es *Mañana*: el hoy está tenso hacia un futuro en el que habrá vencido su proyecto de vida plena para toda la creación, pero especialmente para sus favoritos, los pobres y sufrientes. El mañana de Dios es el mayor desafío al hoy de los seres humanos. La justicia y la paz que hoy construimos florecerá plenamente mañana; el compromiso por la alegría de los tristes, por la saciedad de los hambrientos, por la libertad de los oprimidos, por la dignificación de los humillados, es esa levadura que misteriosamente crece, oculta, y que terminará por fermentar toda la masa para un pan abundante y nutritivo. No hay nada bueno que haga el hombre que no sea una semilla de esa plenitud que Dios hará irrumpir a la hora señalada, cuando a la sombra de su gloria todos los seres humanos estén sentados a la mesa de la abundancia, de la fraternidad y de la alegría. Los profetas del Antiguo Testamento, sobre todo Isaías, el gran profeta del Adviento, pintan en páginas preciosas ese mundo que no es una ficción romántica, sino la razón de la más honda esperanza y del más firme compromiso de los creyentes. Ese mundo renovado que profetizan, inaugurado luego por Jesús de Nazaret, es el ícono del paraíso, del Reinado de Dios, del mundo que él creó, y que hasta su instauración definitiva está sometido a las consecuencias del pecado de los hombres.

MARÍA, LA VIRGEN ENCINTA

María encinta es, como toda mujer que espera un hijo, un potente signo de esperanza. No es frecuente hallar representada a María esperando a Jesús, y en cambio es una imagen de mucha fuerza.

María encinta, protegiendo y nutriendo con ternura esa vida que se forma en su interior, es también una llamada de atención ante la falta de respeto por la vida, especialmente la vida del inocente, que demasiado a menudo hay a nuestro alrededor. Su cuidado habla de la dignidad fundamental de todo ser humano, desde su concepción hasta su muerte (y de su cuerpo, aún después de su muerte...), habla del respeto hacia los desvalidos, de la protección de los indefensos, del cuidado de los ancianos, de la condición de hijo e hija de Dios de cada ser humano. La concepción milagrosa de Jesús no quita nada al milagro que es la concepción y la vida de cada hombre y cada mujer del mundo. María encinta, madre de la humanidad nueva porque llevó en su vientre al primogénito de la nueva creación, es el ícono de una Iglesia servidora de la vida y siempre atenta a la defensa del inocente.

JUAN BAUTISTA

Juan Bautista es llamado el último y el más grande de todos los profetas. Le tocó anunciar al Mesías que ya estaba a la vuelta de la esquina, golpeando la puerta. Aparece en los textos de los últimos domingos del Adviento, anunciando con un vigor que hace temblar las conciencias, a ese Salvador esperado, y predicando la exigencia de un cambio

radical de vida, de actitudes, de mentalidad. Su vida se parece al Adviento, centrada en la venida de Jesús y dedicada a preparar a su pueblo para su llegada. Entre las palabras decisivas de este primo de Jesús, hijo también del milagro de la concepción a una edad avanzada de una pareja estéril, está aquella donde dice que es necesario que él disminuya para que Jesús crezca. Es una palabra desafiante para un tiempo que confía demasiado en la autoafirmación del hombre. Juan Bautista, que sale de sí mismo para servir la proclamación de la llegada del Mesías, y prepara sus caminos llamando a la conversión con boca de fuego, es un ícono del Adviento permanente a que los creyentes son llamados. Toda la vida es una preparación, cada día hay que convertirse y disminuir para que Cristo crezca y viva en nosotros.

Así pues, **los profetas, María Virgen y Juan Bautista** acompañan el Adviento como vigías de la radicalidad de la respuesta creyente y como caminos que llevan todos al pesebre de Belén, allí donde el Todopoderoso se hace Dios-con-nosotros y desde el llanto y la sonrisa de un recién nacido grita a la humanidad que una gran luz ha iluminado la noche. Al final del Adviento, la Iglesia vuelve a tomar esa luz a los pies del pesebre, y quiere llevarla por los caminos del mundo para que Dios siga viniendo, siempre, hasta el fin de la historia.

LAS LECTURAS DE LOS CUATRO DOMINGOS

Domingo	Profeta	Salmo responsorial	Apóstol	Evangelio
I 27 noviembre Domingo <i>de la espera</i>	Isaías 63, 16b-17.19b, 64, 2-7 ¡Si rasgaras el cielo y descendieras!	Salmo 79 Ven a visitar tu viña, la cepa que plantó tu mano	1Corintios 1, 3-9 El Señor los mantendrá firmes	Marcos 13, 33-37 ¡Estén prevenidos!
II 04 diciembre Domingo <i>de la conversión</i>	Isaías 40, 1-5.9-11 Preparen el camino del Señor	Salmo 84 La Justicia y la Paz se abrazarán	2Pedro 3, 8-14 Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva	Marcos 1, 1-8 Allanen los senderos del Señor
III 11 diciembre Domingo <i>de la alegría</i>	Isaías 61, 1-2a.10-11 Desborde de alegría en el Señor	Lc 1, 46-50.53-54 Colmó de bienes a los hambrientos	1Tesalonicenses 5, 16-24 Estén siempre alegres y oren sin cesar	Juan 1, 6-8.19-28 En medio de ustedes está el Mesías
IV 18 diciembre Domingo <i>del anuncio</i>	2Samuel 7, 1-5.8b-12.14a.16 Tu reino durará eternamente	Salmo 88 Yo sellé una alianza con mi elegido	Romanos 16, 25-27 El misterio se ha manifestado	Lucas 1, 26-38 Concebirás y darás a luz un hijo

EL SIGNO DE LA CORONA DE ADVIENTO

Entre los muchos signos de este hermoso tiempo litúrgico queremos destacar uno muy significativo: la Corona de Adviento. Aunque su origen está en Europa, en el hemisferio norte, y originalmente se hacía con lo único verde que hay en medio del invierno, ramas de coníferas, ha ido entrando poco a poco en todas partes gracias a su simbolismo sencillo y expresivo, así como a su hermosura.

La corona, normalmente redonda, se confecciona con ramas verdes u otros vegetales secos, sin flores. Se puede adornar con cintas u otros elementos, cuidando de no recargarla demasiado. Sobre ella se disponen cuatro cirios o velas de color. El ideal es que la base sea de un material sólido, para los cirios queden firmes. Normalmente estará sobre una mesa, pero también es muy hermoso hacer una corona que cuelgue desde el techo. Se usan velas de colores vistosos, ojalá rojas, que es su color original y contrasta hermosamente con el color verde de las ramas. Estos cirios se van encendiendo, uno a uno, cada Domingo de Adviento hasta completar las cuatro semanas.

La luz de cada vela va iluminando el camino que recorremos hacia la luz plena de la Navidad. ¡Cristo es la Luz, Luz del mundo, Luz de las naciones! Una luz que alumbra en medio de las tinieblas, que nos aleja del miedo y de todos los peligros. Con la Corona de Adviento simbolizamos la esperanza de que la luz y la vida triunfan sobre las tinieblas y la muerte.

ORACIÓN FAMILIAR EN TORNO A LA CORONA DE ADVIENTO

Se reúne toda la familia alrededor de la Corona de Adviento. El papá o la mamá, cada Domingo, hace de guía de la celebración, que invitará a vivir con alegría y recogimiento.

Primer Domingo:

Mamá: Señor Jesús, estamos reunidos como familia, alrededor de esta hermosa Corona que con cariño hemos preparado. Estamos esperando tu venida y queremos preparar nuestro corazón para recibirte. Lo hacemos en unión con todos los que sufren, especialmente con las familias pobres y desamparadas. Ayúdanos, Señor, a permanecer unidos y a ser fieles a Ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos: Amén

Pueden cantar una estrofa del canto: "*Ven Señor no tardes*"

Bendición de la Corona

Papá: Bendecir significa "decir bien", pedir la intervención de Dios mediante palabras y gestos. Como padre de familia, los invito a invocar una bendición sobre esta Corona de Adviento. Así destacamos el hondo significado religioso que ella tiene para todos nosotros.

Dice en voz alta:

"La tierra, Señor, se alegra en estos días, y tu Iglesia desborda de gozo ante tu Hijo, el Señor, que se acerca como luz esplendorosa, para iluminar a los que estamos en las tinieblas del egoísmo, del dolor y del pecado.

Llenos de esperanza en su venida hemos preparado con gran cariño esta corona, la hemos hecho con ramas verdes de nuestra tierra, para que nos acompañe en nuestro hogar en este tiempo de preparación para la venida de tu Hijo.

Te pedimos, Señor que, al ir encendiendo estas velas nos ilumines a todos nosotros con ese esplendor de aquel que, por ser luz del mundo, iluminará todas las oscuridades. El que vive y reina por los siglos de los siglos”.

Todos: Amén

Se acerca a la corona y enciende la primera vela.

Todos cantan otra estrofa del canto "*Ven Señor no tardes*"

Los que deseen, espontáneamente, expresan su oración al Señor. Por ejemplo:

Mamá: Pidamos al Señor para que visite nuestro hogar y nos alegre con su presencia. Roguemos al Señor.

Todos: Escúchanos Señor, te rogamos

Hijo: Te pedimos Señor por todos nuestros familiares, especialmente por (*se mencionan familiares en particular*). Roguemos al Señor. **Todos:** Escúchanos Señor, te rogamos

Hija: Te pedimos por el papá y la mamá, para que siempre se quieran mucho y nos den buenos ejemplos. Roguemos al Señor. **Todos:** Escúchanos Señor, te rogamos

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre.

Segundo Domingo:

La familia crea un esquema para este momento teniendo muy presente la breve motivación, algunas súplicas al Señor y el momento importante de encender la vela.

Al encender la segunda vela:

Hija: Dios Padre, nos reunimos en este momento de familia para continuar preparando con alegría la venida de tu Hijo Jesucristo. Ayúdanos a ser una familia unida y a confiar en tu bondad.

Todos: Amén

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre.

Tercer Domingo:

Al encender la tercera vela:

Hijo: Estamos en el tercer domingo de Adviento esperando la llegada de nuestro Señor. Como familia queremos prepararnos para acogerte. Te pedimos que nos ayudes a ser más sencillos y generosos, a vivir alegres y a saber perdonarnos.

Todos: Amén

Padre Nuestro. Ave María. Gloria al Padre.

Cuarto Domingo:

Al encender la cuarta vela:

Mamá: Estamos cerca de Navidad, a lo largo de estas semanas nos hemos reunido como familia en torno a esta Corona de Adviento. La venida de Cristo y su presencia en el mundo es ya un hecho. Con alegría y esperanza nos preparamos para celebrar esta hermosa fiesta.

Se toman de las manos alrededor de la Corona y rezan un Padrenuestro.

Luego ella misma o alguno de la familia enciende la cuarta vela y dice en voz alta:

Señor Jesús, te esperamos con cariño y alegría, te esperamos con sencillez y humildad. Queremos que todos los pueblos de la tierra puedan contemplar la luz de tu rostro, queremos que ilumines a todas las personas, especialmente a los enfermos, a los que viven tristes, a los que sufren. Ilumina Señor nuestro hogar para que todos los que aquí vivimos demos testimonio del amor que Tú nos tienes. A Ti la gloria por los siglos de los siglos.

Todos: Amén

Sugerencia final:

Además de las cuatro velas que se han encendido durante el Adviento, se puede agregar una quinta vela de color blanco en la noche de Navidad para que permanezca allí hasta que culmine el tiempo litúrgico de Navidad.

La Corona de Adviento, los momentos de oración de cada domingo para encender los cirios, la participación de los niños, de los papás y demás familiares que vivan en la casa; el canto, los villancicos, el pesebre, las luces, los saludos, el árbol: ¡todo debería ayudar para que estas semanas sean de verdad un tiempo de alegre expectativa y esperanza en un mundo nuevo y mejor!¹

EL PESEBRE DE NAVIDAD

Durante el Tiempo del Adviento, prácticamente no hay familia que no prepare la fiesta navideña adornando un rincón de la casa con un “arbolito de Pascua” o un pesebre. El arbolito ha tenido más éxito en la mentalidad común por la irrupción cultural extranjera, que favorece la adopción de costumbres de otros países. En los últimos años se vive el mismo fenómeno con el día de Halloween. Pero es el pesebre el signo más importante para una familia cristiana, y el que quisiéramos privilegiar como preparación significativa de la Navidad. Del árbol de Pascua se hablará más abajo. Nos interesa aquí presentar la historia y el significado del pesebre. Agregamos una sencilla liturgia familiar para instalarlo en la casa durante los cuatro domingos del tiempo de Adviento, y la Nochebuena.

HISTORIA Y SIGNIFICADO

El **pesebre**, o *nacimiento*, o *belén*, como es llamado en otros países de lengua castellana, es el signo más claro y hermoso de la Navidad. Como ocurre también con el árbol, el pesebre es un signo que se puede instalar en cada casa, en medio de cada familia, para celebrar el nacimiento de Jesús en Belén. Pero a diferencia del árbol adornado, que es un signo adoptado del mundo europeo y está ligado en su origen a costumbres paganas de la época invernal, el pesebre es un signo que habla inmediatamente del Evangelio del nacimiento del Salvador. Es Palabra de Dios, una representación gráfica del relato de los evangelistas Mateo y Lucas. Es ante todo un cuadro bíblico.

La representación de la escena del nacimiento es muy antigua en la Iglesia. Se halla ya en algunos bajorrelieves de sarcófagos de los siglos IV y V, y en el siglo XI surgieron en catedrales y abadías para acercar al pueblo el sentido de la liturgia de la Navidad. Sin em-

¹La celebración en torno a la corona de Adviento es de Eduardo Cáceres. La he modificado levemente.

bargo, fue recién en el siglo XIII, y por inspiración de san Francisco de Asís, que el pesebre comenzó a difundirse con fuerza, primero por Europa y más tarde por todo el mundo cristiano.

En 1235, en efecto, san Francisco dispuso la representación del nacimiento en Greccio. Cuenta su biógrafo Tomás de Celano que tres años antes de su muerte, y unos quince días antes de la celebración de la Navidad, san Francisco llamó a Juan, un hombre al que tenía gran afecto y le dijo: «Si quieres que celebremos en Greccio esta fiesta del Señor, date prisa en ir allá y prepara prontamente lo que te voy a indicar. Deseo celebrar la memoria del niño que nació en Belén y quiero contemplar de alguna manera con mis ojos lo que sufrió en su invalidez de niño, cómo fue reclinado en el pesebre y cómo fue colocado sobre heno entre el buey y el asno». Él oyendo esto, el hombre bueno y fiel, corrió presto y preparó en el lugar señalado cuanto el santo le había indicado.

Llegó el día, día de alegría, de exultación. Se citó a hermanos de muchos lugares; hombres y mujeres de la comarca, rebosando de gozo, prepararon, según sus posibilidades, cirios y teas para iluminar aquella noche que, con su estrella centelleante, iluminó todos los días y años. Llegó, en fin, el santo de Dios, y, viendo que todas las cosas estaban dispuestas, las contempló y se alegró. Se prepara el pesebre, se trae el heno y se colocan el buey y el asno. Allí la simplicidad recibe honor, la pobreza es ensalzada, se valora la humildad, y Greccio se convierte en una nueva Belén. La noche resplandece como el día, noche placentera para los hombres y para los animales. Llega la gente, y, ante el nuevo misterio, saborean nuevos gozos. La selva resuena de voces y las rocas responden a los himnos de júbilo. Cantan los hermanos las alabanzas del Señor y toda la noche transcurre entre cantos y alegría...”

A partir de esta experiencia, los franciscanos popularizaron el pesebre, que luego fue representado no sólo con las figuras de María, José, el Niño, el buey y el burro, sino que fue haciéndose cada vez más complejo. Se le fueron agregando no sólo personajes bíblicos como los ángeles, los sabios de Oriente (popularmente llamados los “reyes magos”) y los pastores, sino infinidad de otros hombres y mujeres. Así, la escena universal de Jesús recién nacido se “inculturó” a partir de entonces en las imágenes sencillas de cada pueblo, representando a todas las naciones y culturas que se acercan al pesebre para adorar al niño, y con los materiales más diversos.

La sencilla y hermosa descripción del pesebre de Greccio podría ser la de todas nuestras casas o comunidades donde “armamos el pesebre”. Cada casa es Belén en la noche santa y feliz del nacimiento de Dios entre nosotros. El Niño Jesús es la humanidad y jovialidad de Dios en medio de su pueblo, y la alegría de los pobres, entre quienes se encarnó. Dios-con-nosotros, Jesús de Nazaret, es la Palabra que planta su tienda en medio de nosotros, para redimir desde dentro a la humanidad.

¿Cómo no alegrarse? ¿Cómo no rodear a la escena del pesebre incluso de esa ternura que nos suscita cualquier recién nacido junto a su madre y su padre?

Ojalá toda familia chilena tuviese un pesebre en su hogar. Así como el “árbol de Pascua” ha entrado ya en todos los ambientes, a menudo como único signo de la Navidad aún en familias cristianas, es deseable que el pesebre, que es un signo mucho más importante desde el punto de vista bíblico, litúrgico y espiritual, vaya encontrando un lugar permanente en nuestras fiestas de Navidad.

LITURGIA FAMILIAR DEL PESEBRE

Los cuatro domingos de Adviento son los momentos más adecuados para preparar la fiesta de Navidad, tanto en la comunidad como en familia. Esta sencilla liturgia para instalar el pesebre se desarrolla a lo largo de los cuatro domingos. Para ello, la familia escoge un lugar de la casa en el que será instalado el pesebre. El ideal es una mesita pequeña que permita verlo fácilmente. El ideal es contar con el establo y las figuras del Niño, María, José, una vaca, un burro, un par de pastores y un par de ovejas, y los reyes magos. Se puede instalar, junto al pesebre, la corona de Adviento.

Reunidos todos los miembros de la familia en torno a la mesita, se desarrolla la liturgia como sigue, conducida por el papá, la mamá u otro miembro de la familia. (**D**: Lo que dice quien dirige la liturgia; **R**: La respuesta de los demás; **T**: Lo que dicen o cantan todos juntos.)

Primer domingo de Adviento

Instalación del establo. Este día sólo se instala la “casa”, es decir el establo, con la paja y otros adornos escénicos, sin colocar ninguna figura.

D: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: **Amén**

D: Hoy comenzamos a preparar la Navidad. Queremos recordar desde ahora que Jesús vino al mundo pobre y desconocido. Nació en un establo, porque ningún hotel tenía lugar para María y José. Allí tuvieron que instalarse para recibir a su primer hijo, que era el Hijo de Dios. Para recordar esto, vamos a instalar nuestro pesebre.

Se trae y se coloca el establo, mientras se canta (y si hay corona de Adviento, se enciende el primer cirio solo):

T: (Canto):

**Ven, ven Señor no tardes,
ven, ven que te esperamos,
ven, ven Señor no tardes,
ven pronto, Señor.**

D: Oremos: Dios bueno y misericordioso, que quisiste que tu Hijo naciera en humildad y pobreza: haz que, al instalar hoy en nuestro hogar este pesebre, preparemos nuestro corazón para recibirte con alegría cuando vuelvas a nacer en todos los pesebres del mundo. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

R: **Amén.**

(Se puede terminar rezando un Padrenuestro y un Ave María).

Segundo domingo de Adviento

Instalación de los animalitos. Este día se instalan las figuritas de los animales: vaca o buey, burrito u otros, que habitaban el establo antes que lleguen María y José.

D: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: **Amén**

D: En este segundo domingo de Adviento instalamos dentro del establo a los animalitos que lo usan para protegerse del frío y de los peligros. Ellos fueron los primeros que, junto a la Virgen María y san José, conocieron al Niño Jesús recién nacido.

Se traen y se colocan las figuritas de los animales, mientras se canta (y si hay corona de Adviento, se enciende el segundo cirio junto con el anterior):

T: *(Canto):*

**Ven, ven Señor no tardes,
ven, ven que te esperamos,
ven, ven Señor no tardes,
ven pronto, Señor.**

D: Oremos: Dios bueno y misericordioso, que quisiste que tu Hijo naciera en humildad y pobreza, haz que, al instalar hoy a los animalitos en este pesebre, preparemos nuestra casa para acogerte a ti. Que ella sea siempre un lugar donde haya confianza y cariño, para que todos los que llegan se sientan bien acogidos. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

R: **Amén.**

(Se puede terminar rezando un Padrenuestro y un Ave María).

Tercer domingo de Adviento

Instalación de los pastores y las ovejas. Este día se instalan las figuritas de los pastores y de sus ovejas.

D: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: **Amén**

D: Estamos ya en el tercer domingo del Adviento, y hoy queremos poner en nuestro pesebre a los primeros seres humanos que supieron que Jesús había nacido: los pastores. Con ellos ponemos a sus ovejas. Los pobres fueron los primeros que visitaron a Jesús recién nacido, a su madre la Virgen María y a su padre san José.

Se traen y se colocan las figuritas de los pastores y sus ovejas, mientras se canta (y si hay corona de Adviento, se enciende el tercer cirio junto con los dos anteriores):

T: *(Canto):*

**Ven, ven Señor no tardes,
ven, ven que te esperamos,
ven, ven Señor no tardes,
ven pronto, Señor.**

D: Oremos: Dios bueno y misericordioso, que quisiste que tu Hijo naciera en humildad y pobreza: haz que, al traer hoy hasta nuestro pesebre a los pastores y sus ovejas, que fueron los primeros en conocer el nacimiento de tu Hijo Jesús, sepamos estar atentos a tu voz, que nos indica dónde naces cada día y dónde necesitas que te visitemos en nuestro hermanos más necesitados. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

R: **Amén.**

(Se puede terminar rezando un Padrenuestro y un Ave María).

Cuarto domingo de Adviento

Instalación de María y de José. Este día se instalan las figuritas de los padres de Jesús, la Virgen María y san José.

D: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

R: **Amén**

D: El nacimiento de Jesús ya se acerca. José y María han llegado a Belén, para ser empadronados en el censo. No han encontrado ninguna pieza libre en los hotelitos de Belén, y María ya está por dar a luz al niño. Después de mucho golpear puertas, se han instalado en un establo pobre, habitado por algunos animales, para recibir a su hijo, que ya llega. Para recordar esos hechos, pondremos ahora en nuestro pesebre las figuras de María y de José.

Se traen y se colocan las figuritas de la Virgen María y de san José, mientras se canta (y si hay corona de Adviento, se enciende el cuarto cirio junto con los tres anteriores):

T: (Canto):

**Ven, ven Señor no tardes,
ven, ven que te esperamos,
ven, ven Señor no tardes,
ven pronto, Señor.**

D: Oremos: Dios bueno y misericordioso, que quisiste que tu Hijo naciera en humildad y pobreza: haz que, al traer hoy hasta nuestro pesebre a la Virgen María y san José, te agradezcamos por nuestra propia familia, que está reunida en torno a tu pronto nacimiento. Bendícenos siempre con tu amor y haz que nunca nos falte nada para ser felices y servir a nuestros hermanos más necesitados. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

Nochebuena

D: Hemos llegado hasta esta noche bendita, en la que el mundo entero se alegra por el nacimiento del Niño Dios. Podría haber nacido en una cuna de oro, rodeado de reyes y príncipes, pero quiso nacer pobre y humilde, en un pesebre como el que tenemos aquí: junto a sus padres, María y José, a unos animales y a unos pobres pastores con sus ovejas. Completamos hoy nuestro pesebre trayendo la figurita del Niño Jesús.

Se trae y se coloca la figurita del Niño, mientras se canta (y si hay corona de Adviento, se encienden los cuatro cirios):

T: (Éste u otro villancico):

**A las doce de la noche
todos los gallos cantaron
y en su canto anunciaron
que el niño de Dios nació.
¡Ay sí, ay no!, al niño lo quiero yo.
¡Ay sí, ay no, al niño lo quiero yo!**

D: Los ángeles le contaron a los pastores que el Niño había nacido. Y ellos corrieron a verlo, acompañados de su rebaño, y su alegría fue muy grande. “Nos ha nacido el Salvador”, decían, mientras los ángeles cantaban “Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que aman al Señor”. Después llegaron tres sabios del Oriente siguiendo una estrella luminosa que vieron en el cielo. Le trajeron al niño

oro, incienso y mirra, que son regalos para un rey. María y José, que eran pobres, estaban admirados y agradecían a Dios.

Se traen y se colocan las figuritas de los “reyes magos”, mientras se canta:

T: *(Éste u otro villancico):*

**Gloria cantan en el cielo
al niño que nació en Belén
y el eco de valle en valle
repite una y otra vez.**

Glo... ria, a Dios en el cielo.

Glo...ria, a Dios en el cielo.

Después se puede rezar este himno, dividiendo al grupo en dos y alternándose en las estrofas:

Te esperamos de día, viniste por la noche,
cuando dormía el mundo y todo su fragor,
cuando en el cielo negro miraban las estrellas
a la estrella más clara que nunca nadie vio.

Pensamos que venías, tal vez, sobre esa estrella,
montado como un héroe, con fuego y con poder,
pero viniste pobre, pequeño y olvidado,
acunado en los brazos de una frágil mujer.

Pensamos que traías espada justiciera
y el brazo enarbolado de fuerza y esplendor,
pero llegaste quedo, sin más ruido que el llanto,
y en un viejo pesebre tu padre te acunó.

Creímos que vendrías vestido de relámpagos,
que tu brazo sería un sable destructor,
pero yaces callado, sólo envuelto en pañales,
mientras la estrella clara te viste de blancor.

Supimos por el ángel que eras el esperado,
que tu gloria no es esa que esperábamos ver,
que tu luz y armadura no son las de este mundo,
sino las del reinado que has venido a traer.

¡Ahora, niño hermoso, sonríele a la aurora,
que la buena noticia recorra el nuevo sol!
Los magos y pastores, el mundo entero llega
a los pies del pesebre para alabar tu amor.

D: Oremos: Dios bueno y misericordioso, que quisiste que tu Hijo naciera en humildad y pobreza: haz que, al contemplar hoy las figuras de este pesebre, nos sintamos llamados a ser fieles en el camino del Evangelio y que, junto a los pastores, los sabios y todos nuestros hermanos de la tierra, alabemos tu bondad y celebremos la salvación que nos regalas.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

(Se puede terminar cantando otro villancico).